

Bilbao en 1822

por

José M.^a de Areilza

*¿No has buscado en tu corazón la eternidad
del dulce pasado?*

UNAMUNO. "Sensaciones de Bilbao".

Son numerosas, durante el pasado siglo, las descripciones de Bilbao que se encuentran en obras de escritores nacionales y extranjeros. El malogrado Fernando de la Quadra Salcedo nos dejó en algún número del extinto "Boletín de Monumentos", glosa y transcripción de varios de estos documentos literarios, alguno totalmente inédito. Con su ayuda podemos reconstruir en parte el ambiente social y político de los primeros años del siglo XIX en nuestra Villa. Más tarde, la guerra civil de los siete años despierta la curiosidad universal por esta provincia y el libro de Bacon, traducido luego por Gaminde (1) compendia apretadamente los episodios militares con la crónica local. Hay en estos años de la primera carlistada, profusión de libros ingleses, franceses y alemanes que relatan las batallas y hablan de Bilbao. Sería curioso, algún día extractar sus noticias formando con ellas un panorama de conjunto. Las cartas que Juan Carlos de Gortázar dió a la estampa en 1920 forman el eslabón siguiente hasta enlazar con nuestros abuelos. Desde la visita de Jovellanos a Bilbao en 1791, recogida en sus "Memorias íntimas", hasta la segunda guerra carlista un siglo más tarde, hay, pues, un centón de noticias diversas recogidas por la curiosidad de los extraños, sobre nuestro pueblo y sus modos de vivir, en esta centuria agitada y romántica en que el Bilbao moderno se iba forjando entre luchas, trabajos y dolores.

(1) JOHN FRANCIS BACON. "Six years in Biscay comprising a personal narrative of the sieges of Bilbao, etc."—London.—Smith Elder & C.^o Cornhill.—1838.—Es el más completo de los relatos de los sitios de 1835 y 1836. Bacon residió siete años en España y de ellos cinco en la Villa del Nervión. La traducción española de D. Víctor Luis de Gaminde se hizo después de la guerra. Gaminde era una destacada figura del progresismo local. El libro de Bacon era muy favorable a los liberales.

John Bramsen, viajero escandinavo y escritor de lengua inglesa, autor de cierto número de libros de viajes sobre Grecia, Egipto y Siria, se asomó también por estos rincones del Pirineo a fines del año 1822. Su visita fué breve. Salió de San Juan de Luz a primeros de septiembre de dicho año y marchó a través de Irún, Tolosa, Villafranca y Durango, en diligencia, a Bilbao. Aquí permaneció varias semanas, y a mediados de octubre salió por el camino de Orduña hacia Miranda y Vitoria. De la capital alavesa regresó a San Juan de Luz. Su única estancia larga fué, pues, la de Bilbao y a través de lo que vió en esta Villa intentaba dar al público británico una versión de la España del trienio constitucional, atormentada ya por las sacudidas de los primeros "Ejércitos de la Fé", alzados en armas contra los doceañistas triunfantes en Cabezas de San Juan, primer pronunciamiento militar de nuestra historia contemporánea.

Bramsen no nos dejó de su excursión un diario minucioso como Joyellanos o científico a lo Humboldt, con investigaciones filológicas o folklóricas. El Bilbao que contempló fué simplemente una capital de provincia ocupada por fuerte guarnición militar, en estado de perpetua alarma y rodeada de un inmenso ambiente de hostilidad rural hacia el sistema liberal vigente. Lo que halló fué una Villa semisitiada por los "apostólicos" y que hacía del comercio marítimo su principal motivo de vida. Sospecho que Bramsen era viajante de comercio o tendría asuntos mercantiles que le impulsaban a venir a Bilbao para resolverlos, dando de paso a la estampa una breve relación de su viaje. El libro de Bramsen se llama: "Remarks on the North of Spain". Y su título modesto y sin pretensiones refleja exactamente el contenido de su librito (1).

(1) *Remarks on the North of Spain by John Bramsen, author, of travels in Egypt, Syria and Greece, and of Sapho etc.*, London-Printed for G. and Whitaker, Ave María Lane, 1823. La obra está dedicada al Conde de Fife. Lleva, como era frecuente, un lema latino de Virgilio; "Summa sequar fastigia rerum". (Me limitare a relatar lo saliente.)

La obra de Bramsen es rara en el mercado y poco conocida. No figura en los repertorios habituales de viajes por España, ni en la bibliografía del país. Solamente la infatigable y universal curiosidad de don Julio de Urquijo por los temas relativos a nuestras provincias y a su villa natal, Bilbao, le hizo registrar en un artículo de la RIEV el libro de Bramsen del que dió juntamente con la "*Luminous Guide*" de la Legión Británica en la guerra de los siete años, cumplida noticia en el artículo titulado: "Bilbao visto por dos extranjeros". Cfr. RIEV-Tomo XIV-año 1923-pág. 145.

El volumen se lee con agrado, por la ligereza del relato y los curiosos comentarios y apostillas que el espíritu flemático y objetivo del viajero a los diversos aspectos de la vida bilbaina. Puede decirse que Bilbao es el tema central de la obra, ya que de los diecisiete capítulos de la obra, nueve están dedicados al análisis y descripción de la actividad social de la Villa. Porque Bramsen no se limitó a curiosear paisajes o contemplar edificios—que en general le interesan poco—sino a recoger la palpitación de la opinión pública en sus varias capas o clases y el estado de espíritu, costumbres, hábitos y diversiones de los bilbainos de entonces. De ahí su extraordinario interés.

Los libros de viajes alcanzaban en aquellos años una considerable aceptación. Como hoy ocurre con las biografías, a partir de las guerras napoleónicas, los relatos de excursiones, estancias o visitas a países remotos o próximos eran solicitados por el gran público lector de Londres, París o Roma, con creciente afán. Los libros de viajes eran una moda del ochocientos literario. Con ellos advino la explosión del romanticismo. Lo “pintoresco”, lo popular y autóctono entreverado de leyendas melancólicas y paisajes sombríos, hizo pronto furor como género universal. España misma se convirtió en sujeto de obras de tal especie que acuñaron para los decenios siguientes una serie de imágenes estereotipadas bastante lamentables y cuyo exponente actual puede resumirse en el terminacho peyorativo “españolada”. Y aún flota en el ambiente del mundo—de cierto mundo al menos—para desgracia nuestra, el castizo pintoresquismo español como supuesto símbolo o quintaesencia de nuestra personalidad.

Pero Bramsen no es, afortunadamente, de los que a pesar de los años en que escribe, ve en cada arriero un bandido trabucaire, ni en las mozas del camino, hembras castañueleras con faca en la liga. Sus reflexiones son frías y limpias de prejuicio casi siempre y no empaña sus recuerdos con la concesión fácil al gusto de la época. Acerquémonos, pues, a este aguafuerte del primer Bilbao liberal—el de 1820 a 1823—tal como quedó reflejado en las pupilas claras y en la mente linfática de este escandinavo andariego y grafómano.

Cuando nuestro viajero llegó a la villa, era ya de noche cerrada y se le prohibió al coche el acceso a las calles, parando como de costumbre en la casa de postas situada fuera del recinto, junto a San Antón. Bramsen se instaló en la "Posada de San Nicolás", en la esquina de la calle de Ascaoz con la plazuela de aquel nombre. La fonda era la mejor del pueblo. Tenía el inconveniente de que las cuadras se hallaban demasiado cerca de la escalera de subida a las habitaciones, "pero con todo—afirma Bramsen—es muy superior a cuanto he visto hasta la fecha en España". "Me dicen que esta ciudad es la más limpia de la Península—escribe al día siguiente con sorda ironía, después de vagar un rato por calles y plazas—lo cual me hace formar una pobre idea de lo que deben ser las demás". Su primer contacto con los edificios de la Villa le causa buena impresión. Visita las siete calles, la Iglesia de Santiago, la de San Juan y la Plaza Vieja. Aquí le muestran la torre en que Don Pedro el Cruel defenestró al Infante Don Juan, que se conservaba intacta todavía con sus grandes escudos de armas sobre la fachada. "También he visto allí en la Plaza Vieja otra casa con blasones labrados en que reside la familia del famoso Almirante Mazarredo", añade, "cuyo recuerdo perdura aún entre los bilbainos". La Casa Consistorial, adosada a San Antón, le parece de un "estilo mediocre". En cambio, el paseo del Arenal, situado frente a la Estufa, es motivo de estudio y admiración.

El Arenal era, ya en aquel tiempo, el ágora de la vida bilbaina. Había bancos de piedra en torno y un macizo de flores en el centro del paseo. Según las horas, este lugar tenía una asignación específica diversa. Veamos la cronología de sus paseantes: De mediodía a dos de la tarde, "el Arenal es la bolsa mercantil de los hombres de negocios, que generalmente acaban sus transacciones en uno de los dos cafés que unos hermanos suizos acaban de instalar hace pocos años en la calle del Correo. De los dos cafés, el más respetable y considerado es el que se halla a la entrada de la calle".

El Arenal, de dos a cuatro, se convierte en el centro de las tertulias políticas que en aquellos momentos se encuentran en plena ebullición. Nutridos grupos de caballeros comentaban las noticias del día, o leían en un corro, periódicos, avisadores, proclamas y folletos con las novedades provinciales y nacionales.

A las siete, comenzaba otro aspecto de la vida social: aparece el mundo elegante, las damiselas románticas y los caballeritos "petit-maitres" y pisaverdes. El Paseo del Arenal brillaba con su máximo esplendor a estas horas. Levitas, chalecos de fantasía, chisteras; corpiños, abanicos, revuelo de faldas de seda, tocados negros y blancos y capuchas sobre el pelo recogido, todo eso bulle y rebulle en rítmico vaivén, durante un par de horas.

Todavía hay una nueva mutación y es la de las horas nocturnas. "Entonces—a las diez de la noche—desaparecen del Arenal las señoras respetables y lo invaden en cambio otras mujeres que no tienen precisamente la intención de respirar aire puro", escribe con gruesa burla el viajero nórdico.

Había otro paseo popular: el Campo de Volantín. Aquí, las gentes, en vez de dar vueltas, emprenden caminatas más largas a lo largo del río. Una porción de tabernas y cafés abren sus puertas a los paseantes. Junto a la entrada de la Villa, hacia el Campo de Volantín, están los cuarteles que sirven de alojamiento a la guarnición. Porque Bilbao a la sazón se hallaba en estado permanente de alerta y de guerra. La Villa estaba sitiada.

Pululaban por el campo vizcaino las facciones y las partidas del absolutismo que se llamaban a sí mismos "Ejércitos de la Fe"—los "feotas" de la versión popular—o "Apostólicos", apoyadas por una inmensa simpatía popular. Las guerrillas del cura de Lezama, del "Fraile", de Francho Berris, inquietaban sin cesar a los constitucionales, apretando gradualmente el cerco de la Villa. Al propio Bramsen, lo detuvieron las partidas entre Durango y Bilbao, cerca de Erleches, pidiéndole documentación y una propina. Bilbao era ya desde entonces el objetivo codiciado de los incipientes ejércitos realistas, formados en gran parte y sostenidos por los "jaunchos" celosos de la burguesía mercantil de la ciudad. El gobierno constitucional, se las veía y deseaba para reforzar la escasa guarnición bilbaina. Por fin llegaron a mediados de agosto de aquel año, dos batallones de Vitoria que se alojaron en cuarteles improvisados, y barracones, requisándose varios conventos para este fin. Nuestro viajero visita los cuarteles y departe con las tropas: "El soldado español—escribe—es pequeño, enjuto y de aire poco marcial; sus trajes están descuidados y sus caras mal

rasuradas. Sin embargo, nunca he visto frugalidad y humor parecidos. El rancho se come en grandes calderos comunes y cada uno introduce su cucharón por turno. No hay un juramento, ni una discusión, ni un gesto de hostilidad. Todo es compañerismo y cordialidad. Los oficiales son educados y correctos y me acogieron muy bien. Noto en ellos una marcada hostilidad hacia Francia y su Gobierno". Y es que, naturalmente, los cien mil hijos de San Luis estaban en puertas...

Otro lugar, de expansión popular era la "Plaza de la Constitución", especie de campo abierto rodeado de árboles y de bancos de piedra en las cercanías del Campo Volantín. Aquí, las tardes de los domingos se organizaba un gran baile popular a base de pifanos y tamboril. Se bailaba solemnemente el aurreku y ruidosamente el fandango. "Asistí—escribe Bramsen—a varios de estos bailes. Nunca hubo en ellos el menor incidente hasta que una tarde irrumpieron violentamente en el espectáculo varios marineros ingleses y suecos totalmente borrachos". Su participación en el "aurreku" fué tan desconsiderada que hubieron de ser sacados a viva fuerza por la autoridad. Bramsen se extrañó de la exquisita prudencia del público hacia aquellos bárbaros intrusos, a quienes califica duramente, a pesar de su afinidad racial.

El tráfico marítimo de la ría era entonces importante. Los "Chasses Marées" o quechemarines, llegaban hasta el mismo Arenal. Los barcos de mayor porte fondeaban en Olaveaga, y los mayores en Portugalete. Acompañado por el cónsul inglés Mr. Dawson y por Herr William Klee, cónsul de las ciudades hanseáticas, para quienes traía cartas de presentación, bajó una mañana hasta Olaveaga a visitar el fondeadero. Allí le esperaba la sorpresa de un letrero en inglés que anunciaba "Turtle Soup" en una taberna de la ribera. Era la de Mr. Taylor, un "shipchandler" casado con una bilbaina, que ofrecía las excelencias de la verdadera cocina inglesa a cuantos capitanes y pilotos británicos aterrizaban por aquel paraje.

¡Había otros muchos extranjeros en Bilbao con carácter estable—Bramsen cita varios—: un italiano que daba clase de equitación en un picadero cercano al convento de San Agustín, hombre arrogante, buen jinete y "tombeur de femmes". "Se hace pasar por oficial de caballería retirado, pero otros informes aseguran que su oficio anterior fué cocinero"—anota Bramsen con su prurito de exactitud. Otro ita-

liano tenía abierta su tienda de grabados en una lonja de la “Estufa”. Se trataba de un mozo de Milán, artista y aventurero, que trajo una pacotilla gráfica a base de litografías con dos únicos motivos: efigies de Napoleón e imágenes de Santos. “Yo suponía—le declara a Bramsen—que con los segundos podría arrôpar fácilmente la venta del primero. Pero me equivoqué. Parece que a los bilbainos ya no les interesan, ni el uno, ni los otros”. Un francés, Mr. de la Paté, tenía en la calle del Correo agencia de alquiler de coches y mulas, la principal de la Villa. Un barón alemán de la alta nobleza de Hannover, cuyo nombre oculta el viajero, acaso porque era refugiado político, era el exponente máximo del éxito masculino de la Villa, debido, según parece, a su físico lisonjero.

* * *

John Bramsen quiere penetrar sin embargo en el corazón de la vida social bilbaina y a este fin se hace presentar a diversas personalidades de la Villa “aunque las circunstancias de guerra en que se vive hacen aumentar la natural reserva y circunspección de estas gentes”. Los cónsules antes mencionados, Dawson y Klee, este último dueño de una oficina comercial de importancia, le ponen en relación con el mundo del “todo Bilbao”. Este ambiente tenía entonces un eje de atracción indiscutible en los salones de la esposa de D. Francisco de Mazarredo, Brigadier de Infantería, primo del Almirante y a la sazón comandante militar de la plaza de Bilbao. He aquí cómo describe Bramsen a esta ilustre dama bilbaina: (1).

“La señora de Mazarredo reside en la “Estufa” y abre sus salones diariamente en tertulia para sus amistades. Es una dama refinada y culta. Se ha educado en París; habla francés y es correctísima y amable con los extranjeros. Tiene una gran afición musical y viste a

(1) Don Francisco de Mazarredo se hallaba casado con su prima doña Juana de Mazarredo y Moyua hija del Teniente General de la Armada, don José Domingo. Esta extraordinaria mujer, Juanita de Mazarredo, llena con su personalidad acentuadísima toda una época en la historia social de Bilbao. Doña Juanita debió ser la gran figura femenina del temprano ochocientos vizcaíno. Aficionada a la literatura y a las Artes, con dotes excepcionales de inspiración poética, refinada y culta, lectora infatigable de novedades europeas, irradiaba además, según los coetáneos, simpatía y gentileza. Goya la inmortalizó en uno de sus lienzos, hoy por desgracia, lejos de nuestra Patria, cuando era una niña de pocos años.

la moda francesa con gran elegancia, salvo a la hora de misa, en que lleva el tocado nacional". Veamos ahora la descripción de lo que fueron aquellas tertulias elegantes de nuestra Villa.

"La reunión se abre diariamente a las diez de la noche y hay mayor animación y concurrencia los días festivos y domingos. Primeramente se saluda a la señora de la casa y luego se sientan todos en círculo para empezar el baile. Se hacen varias figuras de cotillón francés o de algún baile español. Más tarde se juega a prendas. El más elegante de estos juegos de sociedad consiste en pasarse rápidamente unos a otros un anillo o moneda diciendo: "El Rey pasa por aquí" y hacerle adivinar al que está en el centro dónde se halla. El que acierta pasa al círculo con los demás y ocupa el centro, el que tenía el anillo en sus manos".

Esta deliciosa visión de nuestros bisabuelos jugando a una especie de gallina ciega se completa con un comentario sustancioso: "Estas reuniones—dice—difieren de las del extranjero, en que jamás he visto que se ofrezca a los asistentes ni un vaso de agua. Son, pues, económicas en extremo para los dueños de la casa". Asistían varias decenas de personas a ellas; muchos oficiales de la guarnición; autoridades y las señoras de mayor rango. "Las damas bilbainas visten a la moda francesa, generalmente de blanco. Mueven sin cesar sus abanicos y conversan con gracia. Parecen muy coquetas, pero no lo son en realidad; son menos reservadas que los caballeros. Su carácter es violento y apasionado; aman y odian con la misma exaltación y son fanáticas partidarias de la causa constitucional". Bramsen conoció, evidentemente, el cogollo de la sociedad liberal que en el hogar de los Mazarredo se reunía. Pero su observación se extiende a las mujeres bilbainas en términos generales:

"Aquí la mujer es más graciosa que guapa. Viste en general de oscuro, con falda de seda; chaqueta negra o blanca y capuchón de seda que realza la belleza del pelo y de los ojos. El capuchón cae sobre sus hombros con desenfado y garbo. Las bilbainas andan con arrogancia y pisan con distinción. Se cuidan mucho el calzado y las medias. Aunque sus tobillos son algo mayores que los de las mujeres del resto de España, los pies de las bilbainas son lindos en exterioro."

"Las bilbainas son aficionadas a llevar abanicos cuando están en

sociedad, moviéndolos con sabiduría y malicia. Las señoras de la alta sociedad conocen el canto y el piano, no así la guitarra, que se considera instrumento plebeyo. En algunas reuniones he oído a damas cantar trozos de ópera de Mozart y aunque lo hacían bastante mal, demostraban sin duda una buena inclinación musical. También son aficionadas al dibujo y al baile; no así, en cambio, al estudio de lenguas extranjeras. He conocido pocas que hablaran siquiera el francés correctamente.”

* * *

A pesar de la frugalidad de las tertulias nocturnas, Bramsen hizo la experiencia de la buena mesa bilbaina. Una visita suya al mercado viejo predispuso ya su ánimo hacia la Villa “bien bastecida” de antaño. Los Mazarredo dieron en su casa, en honor de Bramsen, un almuerzo importante, al que asistieron las autoridades y oficiales de la guarnición. “Nos sentamos a la mesa a las dos y media de la tarde—escribe el huésped—y hubo más de cuarenta platos distintos; la mayoría “petits-plats”, pescados y postres en número crecidísimo. Me sorprendió que sirvieran ostras y pescado frito al final de las entradas. Había refrescos de naranja helada y de grosella gustosísimos. Pero en general los platos estaban condimentados al estilo español, esto es, con demasiado aceite. ajo y azafrán. En cambio, los postres consistieron en más de veinte fuentes de frutas variadas superiores a toda ponderación y muchos dulces secos con vinos españoles y franceses. A las cuatro y media se levantaron los comensales y pasamos a tomar el café y los licores a una sala contigua. Los fumadores se trasladaron a otra habitación para encender sus habanos” (1).

El fumar debía ser un vicio arraigado en la Villa, según cuenta

(1) Podrá parecer a algunos exagerada esta lista de platos interminables que describe Bramsen. Sin embargo, hay un testimonio de treinta años antes a cargo de espíritu tan observador como el de Jovellanos, que confirma esta copiosidad de los “menús” vascongados en toda su plenitud. Don Gaspar Melchor visita estas provincias en 1791 y en 1797. En ambas ocasiones anota con exquisita precisión cuanto ve, oye y hace a lo largo del día. Numerosos personajes bilbainos, gupuzcoanos y alaveses de aquella época desfilan por las páginas de las “Memorias íntimas” retratados en descripciones nerviosas, telegráficas, subjetivas. Los almuerzos y cenas de Jovellanos en Bilbao, Amorebieta, Elbar, etc., descritos en el “Diario”, nada tienen que envidiar al succulento almuerzo de Bramsen.

Bramsen. Los bilbainos no consideraban correcto fumar delante de las señoras, aunque “hubo algunas reuniones en las que vi encender cigarrillos a los caballeros mientras las damas hacían escalas en el piano. Porque son tan aficionados a esta costumbre, que según me cuentan hay señores que duermen con su mesa de noche cubierta de cigarrillos, que fuman en la cama. Y a las cinco de la mañana entra un criado con un habano encendido para que lo saboree el durmiente. Terminado el cual, sigue descansando hasta las siete o las ocho”. El sentido comercial del autor le hace anotar en seguida: “Tales costumbres preocuparían mucho a las Compañías inglesas de Seguros contra incendios”.

En este almuerzo conoció el viajero, a través de D. Francisco de Mazarredo, al Jefe Político de Vizcaya, que lo era entonces D. Antonio Seoane, Coronel de Caballería. De Mazarredo nos dice que era hombre educadísimo, amable con los extranjeros, cultivado y poseedor del francés y del inglés a la perfección. De Seoane traza un breve retrato: “Es un militar joven, con largos bigotes y patillas. Es correcto, amable, se halla muy bien informado de noticias; pero habla poco y aunque conoce el francés a la perfección, no lo quiere emplear, sin duda por su antipatía hacia aquel Gobierno”. El carácter resuelto y enérgico, atrabiliario, del futuro antagonista de Narvaez en Torrejón de Ardoz, impresionaron a Bramsen. “Este hombre sale con frecuencia al frente de las tropas regulares y voluntarias a combatir a los insurrectos, con una tenacidad y una violencia incansables” (1). D. Antonio Seoane vino a Bilbao, como es sabido, en sustitución de D. Lorenzo de Vedia, anterior jefe político, con la consigna de acabar a todo trance y por todos los medios, con la insurrección realista de la Provincia. Su proclama de fines de agosto de aquel año, al tomar posesión de su cargo, fué una inflamada arenga romántica llena de tópicos demagógicos.

(1) Don Antonio Seoane comenzó en la jefatura política de Vizcaya su larga carrera de “general civil”. Era Coronel de Caballería, jefe político y comandante militar de Vizcaya a un tiempo. Duró su mando hasta abril de 1823 en que acosado por los cien mil hijos de San Luis se retiró a Santander con sus tropas y los voluntarios, llevándose consigo a la Diputación General del Señorío con papeles, documentos y los fondos de la Tesorería provincial. El realista Quesada ocupó a los pocos días Bilbao y la provincia siendo acogido como libertador.

La Diputación obligó a su secretario D. Félix María de Zulueta a evacuar metódicamente en cuatro cajones los papeles, libros, sellos, alhajas de plata, escribanías, una corona, etc., de su propiedad. Todo ello fué embarcado en el bergantín “Tigre” rumbo a Santoña. Aparte se empaquetaron cuatro millones de reales en vales y créditos contra el Estado y se recogió en metálico cerca de trescientos mil reales

“La Inquisición”, el “oscurantismo”, el clero como enemigo del progreso y los inevitables párrafos de “Constitución o Muerte” esmaltan el documento.

Bramsen nos ha dejado una visión bastante exacta del ambiente político de la época. La Villa vivía en plena agitación y lucha. Las dos Milicias—la reglamentaria y la voluntaria—habían luchado entre sí, siendo desarmada aquélla por considerarla sospechosa los constitucionales. Los realistas dominaban totalmente el ambiente del País. El Bilbao liberal era ya entonces—en 1822—como una reducida excepción en el señorío hostil. En la misma ciudad encuentra Bramsen frecuentes testimonios de aversión y enemiga al régimen constitucional. Gentes que esperaban ansiosamente la ocasión para manifestar sus sentimientos aherrojados. Por otra parte, esta predisposición favorecía enormemente el espionaje de los realistas, que se hallaban informados de todos los movimientos de la tropa y milicia.

El anticlericalismo, en cambio, aómaba ya. Los frailes del convento de San Nicolás frente a la posada, habían sido desterrados a una isla, según dijeron a Bramsen, y varios sacerdotes—exaltados apostólicos—de Bilbao a Santoña. Algunos liberales se quejaban de que no se dejara a los protestantes tener sus capillas abiertas al culto y comer carne los viernes sin necesidad de la bula.

La milicia voluntaria liberal ha sido descrita por Bramsen con minuciosidad, pues presencié sus evoluciones en el Arenal, con mc-

eran el fondo de los caminos de Vizcaya. Con estos trescientos mil reales financió Seoane su retirada militar hacia Santander, Oviedo y Coruña, donde embarcaron para el destierro muchos de los liberales bilbaínos.

Zulueta publicó poco después, en 1824, un folleto con documentos para justificarse y justificar a la Diputación liberal de las acusaciones que la Diputación realista le hacía con motivo de aquel despojo. Naturalmente, carga toda la responsabilidad sobre Seoane. (V. *Manifiesto que en defensa de su honor hace al público D. Félix María de Zulueta, Secretario de la Diputación provincial de Bilbao*, s. 1. 1824).

Violento de palabra, contradictorio consigo mismo, plétórico de vitalidad, con un barullo mental que se desbordaba en torrentes oratorios increíbles, Seoane acrecentó más tarde su popularidad en la guerra civil de los siete años. Conocido es el lance del desafío colectivo con los oficiales de Pozuelo de Aravaca que en 1837 se negaron a marchar a la guerra si no dimitía el Ministerio Calatrava. Seoane, que era ya diputado y general, los increpó en una memorable sesión llamándolos “poltrones y cobardes”. Los oficiales, que eran cerca de noventa, le desafiaron a duelo. Seoane aceptó el reto y propuso batirse uno a uno con los noventa, sucesivamente. Seoane era esparterista furibundo y fué derrotado en Torrejón de Ardoz por Narvaez en julio de 1843, acabando allí la Regencia de Espartero. Como hacía mucho calor, Seoane acudió a la batalla desde Madrid, en una calesa con toldilla de lona. ¡Qué batallas aquellas!

tivo de varias fiestas. “Esta tropa voluntaria está equipada con uniforme azul, con vueltas rojas. Su armamento consiste en fusil con bayoneta. Escasean los caballos y la artillería. Su aspecto es bastante parecido al de las tropas francesas bajo Napoleón. Los oficiales proceden de las filas y en general hacen la instrucción mejor que las tropas regulares. La banda de música está compuesta casi toda ella por los voluntarios alemanes residentes en la Villa”.

La milicia la formaban unos cincuenta hombres de Infantería. Su Jefe era D. Tomás de Gana, valiente y arriesgado. El espíritu de los hombres era excelente. Bramsen presenció la salida de los voluntarios para luchar contra los rebeldes.

Bramsen nos dejó el relato de dos hechos de armas que más parecen episodios elegidos para ridiculizar que para elogiar. Uno se refiere al asalto y registro seguido de incendio, de un convento de frailes en las cercanías de Durango—¿la colegiata de Larrea, quizás?—en virtud de denuncia formulada contra la Comunidad por sus manejos en favor de los realistas. El registro dió lugar al descubrimiento de unos barriles de pólvora y media docena de fusiles. Los frailes huyeron al aproximarse los milicianos. Solamente quedaban un par de ellos cuidando el edificio, y fueron hechos prisioneros. Por orden de Seoane se prendió fuego al convento para arrasarlo. Los frailes fueron llevados a Bilbao entre el júbilo de los voluntarios. En el Arenal una gran muchedumbre se regocijó de la *victoria*, y recibió a los expedicionarios con vítores y luminarias. Otra efemérides fué la captura por los facciosos de unas caballos de pura sangre que el Embajador de Inglaterra había recibido por vía marítima y que marchaban por carretera hacia Madrid, acompañados por varios “grooms”. Una partida de apostólicos los detuvo cerca de Dos Caminos y se los llevó como botín. Los “grooms” volvieron a la Villa y dieron parte al Cónsul, Mr. Dawson, quien reclamó ante Seoane y Mazarredo. Salieron los voluntarios en número de quince y lograron recuperar sin lucha cuatro de los animales. Unos soldados recobraron el quinto caballo. Cuando volvieron unos y otros, fueron recibidos por una multitud expectante apasionada por el suceso del día. Mr. Dawson gratificó espléndidamente a los “voluntarios de la libertad” por su comportamiento.

Había en Bilbao gran número de clubs y sociedades políticas. La

más importante de las tertulias era la del Café Suizo al anochecer, donde se daba cita el elemento liberal más destacado. Los constitucionales se hallaban a su vez divididos. Unos, eran partidarios fanáticos de Riego, y otros, constitucionalistas templados. La futura división de los liberales en progresistas y moderados estaba ya preconizada en aquel trienio. El 24 de septiembre asistió Bramsen a una gran festividad cívica del régimen: la conmemoración de las Cortes de Cádiz de 1810. Desde la mañana, el repique general de campanas y las salvas de cañón anunciaron la solemnidad del día. A las once se celebró en San Nicolás misa mayor con asistencia de todas las autoridades y de las tropas y voluntarios. Luego, en el Arenal, a los acordes de los himnos liberales, hubo diversas evoluciones y revista general de los cuerpos armados. Al final se dispararon salvas de fusilería. Se dieron los gritos de ¡Viva el Rey constitucional! y ¡Vivan las Cortes!, contestados con relativa frialdad, y los de ¡Viva Mina, *el Romano!* y ¡Viva Riego, el héroe de Cabezas!, contestados con fervoroso entusiasmo. Bramsen añade: "Alguien me señaló durante la fiesta a un caballero de buena prestancia, vestido de uniforme y llevando sobre el pecho la Gran Cruz de Carlos III. Se trata, por lo visto, de un Grande de España, gran amigo del Monarca, que ha sido desterrado de la Corte por sus ideas políticas absolutistas. Le vi después del desfile sentado en un banco del Arenal, mirando hacia la ría en actitud melancólica. Parecía ausente de la fiesta y hundido en sombrías meditaciones" (1).

(1) ¿Quién sería este melancólico personaje que distraía sus ocios de confinado político en Bilbao? Una rebusca en tal sentido me ha llevado a la conclusión de que se trata seguramente del famoso Duque de Alagón, el *Paquito Córdoba*, de la leyenda, favorito máximo de Fernando VII durante los seis primeros años absolutos. Alagón era con Chamorro, Ostolaza, Puñonrostro y el vizcaíno Ugarte y Larrazábal (curtoso personaje al que pienso dedicar un próximo trabajo) la figura destacada de la camarilla fernandina y, consiguientemente, el más odiado de los palatinos en el trienio. La primera providencia del gobierno liberal fué la de mandarlo desterrado a Valencia, pero él logró cambiar el destino por el de Bilbao, nofetoso del ambiente marcadamente realista que tenía ya entonces la opinión pública de las Provincias. Alagón vino a Bilbao con su mujer, que era la viuda del famoso Conde de Aranda, casada en segundas nupcias con él, alojándose primero en la posada y trasladando más tarde su residencia a una casa de campo de Deusto frontera a la posada de la Parra. Allí residió los años liberales. Su presencia en Bilbao y en la Antelglesia con motivo de las fiestas y diversiones debió dar lugar a numerosos incidentes prontamente relatados en un curioso folleto que por casualidad vino a mis manos titulado: "*Información recibida a instancia del Excmo. Sr. D. Francisco Fernández de Córdoba, Duque de Alagón, Teniente General de los Reales Ejércitos, que acredita su conducta política durante el tiempo que ha residido en la Villa de Bilbao*". Madrid, 1823. Imp. Núñez de Vargas. En él se recoge la depuración abierta sobre dicho personaje

“A la tarde, hubo baile en el Teatro situado frente al Arenal y junto a la ría. El Teatro era un edificio de madera no muy espacioso. El tablado y la orquesta se hallaban nivelados con un suelo provisional de madera con el resto del patio de butacas. La fiesta resultó brillantísima. Las damas bilbainas más conocidas, la presidían sentadas en sencillos sillones desde el fondo del escenario. Un numeroso público de clase media acudía como espectador respetuoso a los palcos y anfiteatro para contemplar sus incidencias. Los gastos eran sufragados por las familias mejor acomodadas de la Villa. Asistieron muchos oficiales españoles y franceses con sus uniformes, aunque observé que éstos últimos eran poco festejados por el bello sexo.”

* * *

A un hombre como Bramsen, escandinavo y comerciante él mismo, no podía menos de interesarle la vida económica de Bilbao. Así nos comunica una porción de detalles sobre el tráfico mercantil del puerto que dan una visión bastante completa de aquél.

La lana y las castañas eran en Bilbao, según el autor, los principales renglones de nuestra exportación. De lana se embarcaron aquel año de 1822 unas 27.000 balas con destino a Londres y a Liverpool. La calidad de la mercancía había bajado bastante debido al escaso cuidado de los rebaños en los últimos tiempos de perturbación política. Los barcos de carga general eran, por lo común, holandeses. Traían

para justificar la conducta política seguida durante los años de Constitución. La depuración se hizo con tal rigor que incluso los confinados por el gobierno liberal tenían que demostrar su afección realista.

La información recoge el testimonio de numerosos personajes bilbatinos de la época, realistas, naturalmente, y es toda ella favorable al expedientado. Declaran también dos o tres señoras y varios eclesiásticos, además del cabildo eclesiástico de Santiago y de las comunidades de Capuchinos y de Agustinos. Se mencionan en el documento los paseos que daban en los Caños las personalidades realistas con el propio Alagón, los días de festejo liberal para huir de los “trágalas” y demás vejaciones de que eran objeto, así como los almuerzos que celebraban en casa de don Nemesio de Salcedo conspirando todo lo posible. Una de las cosas que trata de poner en claro la información es la participación del confinado Duque en varias alarmas militares convocadas por D. Francisco de Mazarredo, precisamente, a las que tenían estricta obligación de acudir los militares de graduación residentes en la plaza. Mazarredo, sin reparar en los entorchados, y seguramente azuzado por el vehemente Seoane, hizo que Alagón prestara guardia armada como ¡centinela! en el principal de San Antón. El Duque fué objeto de burlas e insultos durante la hora de guardia por los voluntarios de la libertad que le cantaban en la Plaza vieja, una canción con el estribillo final de: “¡Muera el Duque de Alagón!”

lienzos, mantequilla, quesos, y se llevaban castañas. Eran navíos pequeños, de 80 a 100 toneladas. Los barcos franceses, en cambio, apenas hacían comercio. Eran "chasse-marées" destinados al tráfico regular de pasajeros entre Bayona y Bilbao, pues las relaciones de todo orden entre las dos ciudades eran muy estrechas. También había otras lanchas o balandras de poco calado y mucha eslora, de seis a ocho remos y vela, que hacían el mismo recorrido por diez o doce francos, aunque el riesgo era mayor y la incomodidad muy grande. Mucha gente iba y venía de Bayona, siendo la vía marítima el camino usual para Francia. Incluso venían con relativa frecuencia médicos de reputación notoria desde Bayona a Bilbao para visitar algún cliente de categoría, pues según el autor, los doctores bilbainos eran poco diestros ("quacks", es decir, charlatanes, los llama) y diagnosticaban con error muchas veces. El tifus, la disentería y la biliosis, eran las enfermedades más corrientes. Aquéllas debido al abuso de las ostras y ésta última al aceite abundante que sazónaba las comidas, anota Bramsen.

El bacalao era otro de los productos de importación. Venían grandes cantidades en barcos noruegos o daneses. Las cargueras del muelle acudían a la descarga de los buques provocando con sus gritos estridentes una algarabía de todos los diablos. El bacalao se almacenaba en las lonjas y almacenes situados en la calle de la Estufa y su olor característico invadía el ambiente de la calle y hasta del Arenal.

Es curioso que Bramsen no mencione siquiera la exportación de vena de hierro, aunque no fuera propiamente Bilbao el punto de embarque y salida. También no deja de ser notable que anote como refractaria a la industria y al progreso manufacturero, a la gente bilbaina, sin espíritu de iniciativa industrial y mirando con recelo a unos extranjeros que habían instalado por aquellos años pequeños talleres textiles y papeleros "entre Bilbao y Santander".

* * *

Por fin le llegó turno de marchar a nuestro viajero y pidió pasaportes y recomendaciones a su amigo Mazarredo. Alquiló una carretela con cuatro mulas en casa de Mr. de la Paté, y cuando se dirigía hacia las puertas con su equipaje, se encontró con la novedad de que habían

tocado generala en la población. El regimiento de Vitoria, obedeciendo órdenes superiores, abandonaba, en efecto, la Villa, con dirección a Miranda y a Navarra. Los bilbainos liberales se hallaban consternados porque la ciudad quedaba indefensa y Bramsen aprovechó la circunstancia para ponerse de acuerdo con el jefe de las tropas y marchar unido al convoy militar.

El jefe accedió y al viajero le fué dable contemplar como despedida un espectáculo curioso: la Plaza vieja y las calles adyacentes se hallaban abarrotadas de carros y bueyes requisados, repletos de equipajes, colchones, mantas, niños y mujeres. Había cerca de treinta carros y las esposas de los oficiales buscaban por todas partes acomodo para sus hijos y para sus equipajes. A la una y media se puso en marcha el convoy. Salió por las puertas de Achuri camino del Puente nuevo. Era a mediados de octubre y las hojas de la arboleda de los Caños empezaban a palidecer y a sembrar el suelo de tachones amarillos. Lucía el sol entre nubes. El cortejo lo formaban los soldados del pelotón de descubierta y varios jefes a caballo. Seguían dos compañías, con su impedimenta completa, cornetas y tambores. Detrás venía el coche de Bramsen—la carretela de Mr. de la Paté—bajo de ruedas, amplio, con ocho plazas, pintado por fuera de los colores del arcoiris. Después, la caravana interminable y lenta de los carros de bueyes, chirriantes con su carga de mujeres, chiquillos y bultos. Cerraba la marcha el resto de los soldados en desordenada columna. Las esposas de los oficiales iban vestidas de negro con sombreros grandes de plumas blancas y el inevitable abanico. Llevaban sombrillas de seda de colores vivos y marchaban en mula o sentadas a la grupa sobre una silla improvisada junto a sus maridos. En los carros abundaban además los perros y los loros. Buen número de mujeres de baja estofa acompañaba a los últimos soldados del cortejo. En esta pintoresca cabalgata, envuelto en una nube de polvo, entre relinchos, ladridos, redobles y gritos, salió Bramsen de la Villa con dirección a Orduña, donde llegó a los dos días, camino de la frontera y de su país.

¡Bilbao de 1822! ¡Cuando los primeros Apostólicos luchaban, rebeldes, en nuestros montes, por su Dios y su Rey! ¡Cuando los mercaderes y burgueses de las Siete calles se ufanaban de un liberalismo doceañista, ingenuo y recién nacido! ¡Qué poético mundo de sugerencias entrañables brota de este relato frío y sin emoción del escandinavo Bramsen! De sus páginas minuciosas, que extractamos más arriba, surge un pasado poblado de sombras y recuerdos, que reviven en nuestra alma. Porque, como escribiera el Rector de Salamanca: “Solamente lo que pasa, queda”. Y aquel Bilbao pasó, pero quedan en pie sus añoranzas.

